

Alfredo ROCAFORT NICOLAU, *Europa y la Globalización*, Staffordshire: McGraw-Hill, 2010.

El trabajo que reseñamos del Profesor Alfredo Rocafort, cuyo origen se encuentra en el discurso pronunciado en la Universidad de Staffordshire (Reino Unido) con motivo de su proclamación como doctor *honoris causa*, constituye un atractivo ensayo sobre uno de los más graves problemas con que se está enfrentando la Europa actual: la globalización (y de ahí el título de la obra: “Europa y la Globalización”), ya que se plantea el reto de cómo puede mantener Europa su estado de bienestar -su estado social- frente a los ataques de una competencia desregulada y socialmente incontrolada. Esta obra es, pues, un intento por encauzar tanto la crisis financiera actual como la globalización y por encontrar, al mismo tiempo, unas normas universales que regulen ambos fenómenos, a cuyo enfrentamiento y en cuya formulación la Unión Europea tiene muchas cosas que decir. Como se trata de unas realidades que traspasan todas las fronteras, es decir de unos fenómenos mundiales, se requiere una regulación mundial. Y los Estados europeos, a través de la Unión Europea, están teóricamente mejor preparados que otros países para enfrentarse a este reto, pero la realidad es muy distinta. Cada uno de ellos ha intentado seguir su camino por su cuenta, y el fracaso ha sido rotundo, tanto de los Estados miembros como de la Comisión Europea. La Unión Europea avanza con demasiada lentitud, va a menos velocidad que la sociedad actual y está perdiendo el tren de la globalización. Y ello se debe, fundamentalmente, a que la Unión Europea se ha interesado más por la ampliación que por la profundización: se ha convertido en un gran mercado, pero no en una verdadera unión. Y de repente la Unión Europea se ha encontrado con que el mercado ya no está limitado, ni se puede limitar, por zonas o regiones, sino que es global. Y que ha perdido fuelle para afrontar los retos sociales.

Partiendo de que la globalización es un movimiento imparable, pues no se puede volver al proteccionismo o a los nacionalismos económicos, ya que las consecuencias serían desastrosas para todos, se asevera que es necesaria una regulación mundial, para que la globalización sea beneficiosa para todos, vistas sus repercusiones, tanto en el mundo industrializado como en los países emergentes y en los países en vía de desarrollo, las oportunidades que brinda y sus riesgos, así como sus relaciones con la deslocalización y la crisis financiera mundial. Crisis que pone de manifiesto que la Europa actual no se enfrenta a 25 millones de muertos, como en sus orígenes, pero sí a igual o superior número de personas en paro, que, junto con sus familias, están viviendo en unas condiciones de angustia. Pero no es la globalización en sí misma la que nos ha llevado a esta crisis financiera mundial, ni la que está dando lugar a la deslocalización y la supresión de empleos en el mundo industrializado, “*sino que todo esto se debe a la ausencia de una regulación efectiva e internacional de la globalización, así como a la falta de medidas eficaces de acompañamiento, y de unas políticas acertadas en los países industrializados*”. Por todo ello el autor postula que la globalización del comercio y de las finanzas internacionales precisan de mecanismos de regulación a nivel mundial, pues la falta de los mismos en cualquiera de las áreas financiera,

comercial o laboral produce graves desequilibrios, que normalmente van en perjuicio de los sectores más débiles, las pequeñas y medianas empresas y los trabajadores.

En definitiva, el autor no concibe que la globalización tenga por qué ser algo negativo, pero los efectos positivos de la globalización *“no se distribuyen por igual entre todos los grupos sociales ni entre todos los países, ni todos los países van a salir automáticamente beneficiados con la globalización. Hay muchas personas que ven amenazada su seguridad y la de su familia y que han perdido o pueden perder en cualquier momento su puesto de trabajo. Existe una preocupación cada vez mayor sobre la evolución de la economía mundial, que amenaza tanto a ricos como a pobres. La globalización ha creado enormes fortunas, pero también mucha pobreza, exclusión y desigualdad”*. Y tras enumerar una serie de fenómenos inquietantes, entre otros la escasez de recursos energéticos, el deterioro del medio ambiente, los movimientos migratorios provocados por la inseguridad..., que son subproducto de la globalización se destacan también algunos aspectos positivos, como el despertar de una conciencia global que rechaza *“las desigualdades ligadas a la pobreza, a la discriminación por razón del sexo, al trabajo infantil y a la degradación medioambiental”*.

El profesor Rocafort hace igualmente unas reflexiones sobre la situación actual de la Unión Europea y sobre el devenir de la misma. Así, principios que deberían contribuir a una mayor democratización de la misma, como el principio de subsidiariedad, entre otros, están contribuyendo a la renacionalización de espacios que eran competencia de la Unión Europea. Los Estados miembros se están convirtiendo en tutores y controladores de las instituciones comunitarias, a pesar de que la Unión Europea es, según los Tratados, la unión de los pueblos de Europa - en el sentido de ciudadanos-, porque está deviniendo cada vez más una unión de Estados. De este modo, mientras la economía y la sociedad europeas se hacen cada vez más globales, las instituciones sociales y políticas básicas dentro de la Unión vuelen a ser fundamentalmente de alcance local y nacional. Y ello es debido a que el movimiento globalizador/unificador de Europa, que fue el pionero de la globalización y que ha ido avanzando a lo largo de sus 50 primeros años a través de las diversas etapas de la que es hoy Unión Europea, ha quedado estancado y necesita un nuevo impulso para retornar a sus orígenes. Porque no hay que olvidar que la construcción europea es, en esencia, un movimiento unificador, es decir, *un movimiento globalizador de alcance regional singular* puesto que *“jamás en toda la historia de la humanidad se ha dado, libremente adoptado por la voluntad de las partes, un proceso integrador de tales magnitudes, un proceso que, por otro lado, no pretendía crear un frente contra nada ni contra nadie, ni suplantarse el nacionalismo de los Estados por el nacionalismo europeo”*.

Interesante es la reflexión que hace el autor en torno a la pregunta de *cómo deben los europeos enfrentarse a la globalización*. La respuesta es más Europa, más solidaridad, más formación y de mayor calidad y una promoción de la conciencia de ciudadanía europea. En una palabra, una unión económica, pero también una unión política en la que el ciudadano europeo sea el centro de toda política comunitaria. *“Como contribución al reto de la globalización”*, nos propone toda una serie de medidas políticas orientadas hacia un mayor control de la economía y de las finanzas por parte

de las instituciones de la Unión. Algunas de estas medidas ya se están haciendo realidad, pero falta mucho camino por recorrer.

Así, en el ámbito de la educación los cambios deben ser aún más profundos: “*La construcción europea es sin duda la decisión política más importante del siglo XX, pero es una obra que se ha levantado casi exclusivamente desde arriba*”. Se ha avanzado mucho en las alturas, pero no se han echado aún unos cimientos profundos. Ha sido más la obra de los políticos que de los ciudadanos. El estudio de nuestra historia europea común, de las grandes ideas del Renacimiento y de la Revolución francesa, el intercambio de jóvenes y estudiantes, el estudio de otros idiomas, el espíritu de solidaridad, el espíritu de esfuerzo y de superación, el deporte, el amor a la naturaleza y a los animales, son varias de las medidas educativas que propone el profesor Rocafort. “Invertir en formación es la inversión económicamente más rentable”, nos dice. Si para enfrentarnos con éxito a la globalización, es necesaria más Europa, son necesarias también medidas educativas que despierten y fomenten la ilusión por una Europa más unida y más solidaria.

Harán falta también medidas comerciales y laborales que la Unión Europea y los Estados miembros deben adoptar con urgencia. La Unión Europea “*pretende actuar como una Unión, pero sin serlo realmente*”, pues aunque hay una política comercial común para todos los Estados miembros, tenemos 27 políticas económicas y otras tantas políticas industriales y, fiscales. El autor denuncia como una utopía que los Estados miembros, o al menos la mayoría de ellos, puedan por su cuenta enfrentarse a los grandes retos de la globalización, y por eso dirige su mirada hacia la Unión Europea, hacia una Europa solidaria, no subsidiaria, es decir en la que prime únicamente el principio de subsidiariedad, pero una Europa que aplique los principios de racionalidad y de productividad a todos los niveles de la administración: europeo, nacional, regional y municipal. “*El aumento de la competitividad sólo se logra con una mayor productividad, y ésta, mediante inversión en capital y/o en formación*”. Para hacer frente a la competencia internacional, Europa necesita también una profunda reestructuración laboral, en beneficio precisamente de las clases menos favorecidas, que no quiere decir libertad de las empresas para contratar y despedir. Los criterios que se apliquen para reducir o aumentar puestos de trabajo en las diferentes administraciones deben ser los mismos que se aplican en la empresa privada.

El Profesor Rocafort, haciendo alusión a los países nórdicos de Europa, que son los países más optimistas frente a la globalización, recuerda que sus políticas económicas y sociales, y en concreto a Dinamarca, podrían servirnos de ejemplo. Nos habla de términos que sólo ahora comienzan a ser usados en el lenguaje cotidiano, como la *flexiguridad*, que quiere decir seguridad en el trabajo en general, no en el puesto concreto de trabajo, y flexibilidad para adaptarse a diversos trabajos a lo largo de la vida, es decir progresión de los trabajadores hacia mejores empleos y desarrollo óptimo de las capacidades profesionales. Flexibilidad quiere decir, pues, organización flexible del trabajo para responder rápidamente a las nuevas necesidades y para aumentar la producción. Seguridad, por otro lado, no sólo significa la seguridad de conservar el propio puesto de trabajo: significa “desarrollar en las personas aquellas facultades que

les permitan progresar en su vida laboral y ayudarlas a encontrar un nuevo empleo”. Y mientras están buscando un nuevo empleo deben contar con unas prestaciones de desempleo adecuadas para facilitar los cambios.

Pero este sistema o concepto de flexiguridad supone una implicación y un compromiso serio por parte de todos los agentes sociales y del Estado. La seguridad abarca cursos de auténtica formación, especialmente para los poco cualificados, que son las mujeres y los trabajadores de mayor edad, y, por otro lado, los que, junto con los trabajadores autónomos lamentablemente son los más afectados por la falta de inversión en formación.

En resumen, la obra sigue, en este punto, la línea social de anteriores trabajos, en los que la persona humana ha sido el centro de sus investigaciones. En busca de una solución al problema actual del paro en Europa y, sobre todo, en España, el autor nos propone avanzar por la vía de de más formación e investigación, que son, junto con la inversión, los tres ejes para una mayor productividad y, por tanto, una mayor remuneración.

En la monografía también se aborda la solidaridad como principio rector de todas las políticas de la Unión Europea, hacia el interior y el exterior, porque la realidad de esta aldea global en que vivimos nos obliga a ser solidarios y a buscar soluciones en común: *“la forma más eficaz de ayudar a los países pobres es no poner trabas a sus exportaciones, generalmente agrícolas, compaginando las medidas de protección de la política agrícola común de la Unión Europea con la apertura de los mercados de esta a los productos de los países en desarrollo”*. Firme europeísta, el autor ve con tristeza la deriva que está tomando en algunos casos la Unión Europea y, en otros, la excesiva lentitud en sus movimientos, ya que *“en Europa prima el recelo a las instituciones de la Unión por parte de los Gobiernos de los Estados miembros, prima el nacionalismo, en lugar de la solidaridad entre los Estados, prima el freno en lugar del acelerador”*.

Con honestidad, no sé qué es lo que más le preocupa al Dr. Rocafort, si la globalización o el futuro de Europa. Pero nos parece muy acertado que haya analizado conjuntamente ambos fenómenos, que él considera inseparablemente unidos, lo que es verdad. Y también que una Europa más unida tendrá muchas probabilidades de salir airoso de esta crisis.

Se podrá estar o no de acuerdo con el autor en algunas de sus afirmaciones, pero hay que admitir se trata de un trabajo que nos obliga a reflexionar, puesto que sus comentarios y observaciones nacen de una seria preocupación por la conservación de unos valores que han caracterizado hasta ahora a Europa y que una globalización desregulada está poniendo en peligro. Y simplemente por estos motivos la publicación de este libro constituye un motivo de satisfacción.

Manuel Cienfuegos Mateo
Profesor Titular de Derecho Internacional Público
Universidad Pompeu Fabra